

La Querrela del Arte Contemporáneo.

Lic. Lucía Fucci

Marc Jiménez
Prefacio

Interrogarse acerca de las normas de evaluación y apreciación estéticas, que permiten formular un juicio sobre las obras de arte contemporáneo, no tiene en sí nada escandaloso, ya que este tipo de arte provoca con frecuencia impresiones y sensaciones encontradas, al margen del entusiasmo que suscita entre sus promotores.

El denominado “arte contemporáneo” nace en un terreno preparado desde mucho tiempo atrás por la descomposición de los sistemas de referencia, tales como la imitación, la fidelidad a la naturaleza, la noción de belleza, la armonía, etc., y por el relajamiento de los criterios clásicos.

Las vanguardias y el arte moderno, hasta su apogeo en la década del sesenta, contribuyeron en gran medida a esa conmoción, debida en parte al deshilachamiento de las artes, a las mezclas y a las hibridaciones de prácticas y materiales. Se quebró la unidad de las bellas artes -dibujo, pintura, escultura, arquitectura-, que había legitimado durante dos siglos la elaboración de eruditas clasificaciones por los historiadores y filósofos del arte y se abrió paso un vasto dominio de innovaciones, experimentaciones, correspondencias inéditas y polivalencias, en busca de una nueva coherencia.

Sin embargo, a diferencia del arte moderno -víctima del “frenesí” de lo nuevo, preocupado por romper con los cánones clásicos académicos y los valores artísticos tradicionales-, el arte contemporáneo cambió profundamente el significado de la transgresión. Ya no se trataba, como en los tiempos de la modernidad, de traspasar los límites del academicismo o los de las convenciones burguesas con la esperanza de acercar el arte a la vida. El *ready-made* convertido en práctica corriente, y sus numerosos remakes a partir de Duchamp desvanecen la frontera entre el arte y el no-arte, entre el arte y la realidad cotidiana. En momentos en que el artista gozaba de una pretendida libertad total, la transgresión y la provocación se convertían en una especie de juego obligatorio, en modalidades destinadas a seducir en forma momentánea al mercado, o bien en posturas meditadas dirigidas a una minoría de iniciados.

La cuestión que desde hace unas tres décadas plantea el arte ya no es tanto la de las fronteras o los límites aplicables a la creación, sino la de la inadecuación de los conceptos tradicionales de arte, obra, artista, etc., a realidades que, al parecer, ya no se corresponden con esos conceptos.

Las prácticas llamadas “contemporáneas” todavía provocan reticencias y rechazos, ya se trate de artes visuales, música, danza, cine o arquitectura. Podríamos decir, en cierto modo de manera autoritaria, que el arte contemporáneo se vuelve cada vez más ajeno y distante al público que le es, precisamente, contemporáneo.

Las clásicas teorías del arte y de la crítica de arte, aún válidas para dar cuenta del arte moderno, constituyen muy a menudo pobres recursos para analizar, explicar o legitimar las formas casi siempre desconcertantes de la creación actual. La unidad de las bellas artes está ahora en

La Querrela del Arte Contemporáneo.

Lic. Lucía Fucci

Marc Jiménez Prefacio

quiebra y las normas y criterios tradicionales de evaluación han sido trastocados. Esta situación particular e inédita en la historia del arte occidental, corresponde a lo que el teórico y crítico norteamericano Harold Rosenberg (1907-1978) denominaba con toda razón, “des-definición del arte”, es decir, una pérdida de sentido que afecta tanto la noción de arte propiamente dicha como la de obra de arte, concepto amenazado por el riesgo de caer en desuso.

Esta ausencia de referencias y de claves para la interpretación refuerza, sin duda, la sensación de que el arte contemporáneo bien podría ser esa “cualquier cosa” que estigmatizan sus detractores. En tal caso, resulta difícil convencer a los visitantes de institutos y centros de arte de que la pretendida “cualquier cosa” no se hace en cualquier parte, ni en cualquier momento, ni de cualquier manera.

¿Cómo juzgar la calidad artística de objetos y prácticas si ya no existen criterios ni normas a las cuales remitirse?

La paradoja de la situación creada por el arte contemporáneo radica no sólo en su *des-definición*, sino también en el hecho de que la palabra “arte” implica, pese a todo, un juicio de valor. Lo que interesa no es ya la belleza de tal o cual objeto, sino que reconocerlo como objeto artístico significa discernirlo y colocarlo en una categoría que no es la de los objetos banales.

Puede concebirse, fácilmente, el desconcierto de una crítica de arte cuyo papel ya no es analizar o interpretar las obras, sino que se restringe a establecer una línea divisoria entre arte y no-arte.

En nuestros días, el artista contemporáneo ya no se limita a un solo medio. Además de ser pintor o escultor, también puede desempeñar las funciones de creador de *performances* o de instalaciones, ser cineasta, músico, coreógrafo, etc. El final de la unidad de las bellas artes se caracteriza, de hecho, por la dispersión de los modos de creación a partir de formas, materiales, objetos o acciones heterogéneas, que la expresión “arte contemporáneo” define de manera imperfecta. Esta dispersión es producto de la extrema diversidad de las experiencias sensibles, propiamente estéticas y en extremo individualizadas, que ofrece ahora la multiplicidad de las prácticas culturales.

Es cierto que la teoría estética tradicional, preocupada por la calidad de las obras, difícilmente pueda dar cuenta de las nuevas relaciones entre el arte, la institución, la obra y el público. Interesada en hacer valer la necesidad del juicio, y persuadida de que el arte y las obras ejercen una función crítica -social, política o ideológica-, esta teoría, heredada del siglo XVIII, parece obsoleta. Es evidente que se halla desfasada con relación a un contexto cultural en el cual todo parece permitido. ¿Cómo interpretar entonces lo que se denomina *des-definición* del arte?

En lugar de interrogarse en vano sobre qué es el arte y adaptar, bien o mal, su definición a cada irrupción de algo aparentemente incongruente, la filosofía analítica y pragmática, toma nota de las profundas modificaciones que afectan al estatuto de la obra de arte y del artista. Ya no se trata de hacer referencia a una esencia universal e intemporal del arte.

La Querrela del Arte Contemporáneo.

Lic. Lucía Fucci

Marc Jiménez
Prefacio

En la década del setenta, la pregunta ¿qué es el arte? fue reemplazada por el filósofo norteamericano Nelson Goodman por la pregunta ¿cuándo hay arte? De este modo se intentaban hallar los factores que permitían que un objeto cualquiera sea percibido o “funcione” como obra de arte. Para Goodman, el pretendido valor intrínseco de la obra, sus cualidades artísticas, su capacidad de suscitar sentimientos- por ejemplo, emocionar-, no resultaban adecuados para una eventual definición de la obra de arte. Más bien, habría que tomar en consideración el contexto filosófico y artístico en el cual aparecía el objeto que aspiraba al estatuto artístico. A su vez, era importante considerar la intención y el proyecto del artista, tal como se los puede percibir en determinado medio artístico. Las consideraciones de Arthur Danto insisten también en el papel decisivo del mundo artístico. Ese Mundo del Arte designa a una comunidad constituida por especialistas -historiadores del arte, críticos, artistas, curadores de exposiciones, galeristas, concedores del clima estético predominante- habilitados para apreciar la autenticidad de la intención artística y elevar eventualmente al objeto banal a la categoría de objeto artístico.

La renuncia a la argumentación estética y al juicio crítico, va acompañada de la sensación de que el arte occidental ha terminado, de alguna manera, con su historia y reproduce formas y estilos del pasado, condenado a la repetición por haber agotado en algunos siglos la gama de las posibilidades expresivas. ¿Qué hacer después de los ready-made de Marcel Duchamp y de las Cajas Brillo de Andy Warhol, si las fronteras del arte que los separan de la banalidad cotidiana han sido abolidas? La cuestión de la definición del arte y de sus límites se vuelve sin duda recurrente, como lo ha sido en el pasado. Pero el verdadero interés de los debates depende, con seguridad, de la voluntad que muestren los diferentes actores del mundo del arte para oponerse a que la creación artística quede reducida a ser sólo el eco fiel de lo que la sociedad espera de ella.

BIBLIOGRAFÍA

Jiménez, Marc (2010). *La querrela del arte contemporáneo*, Amorrortu, Buenos Aires.